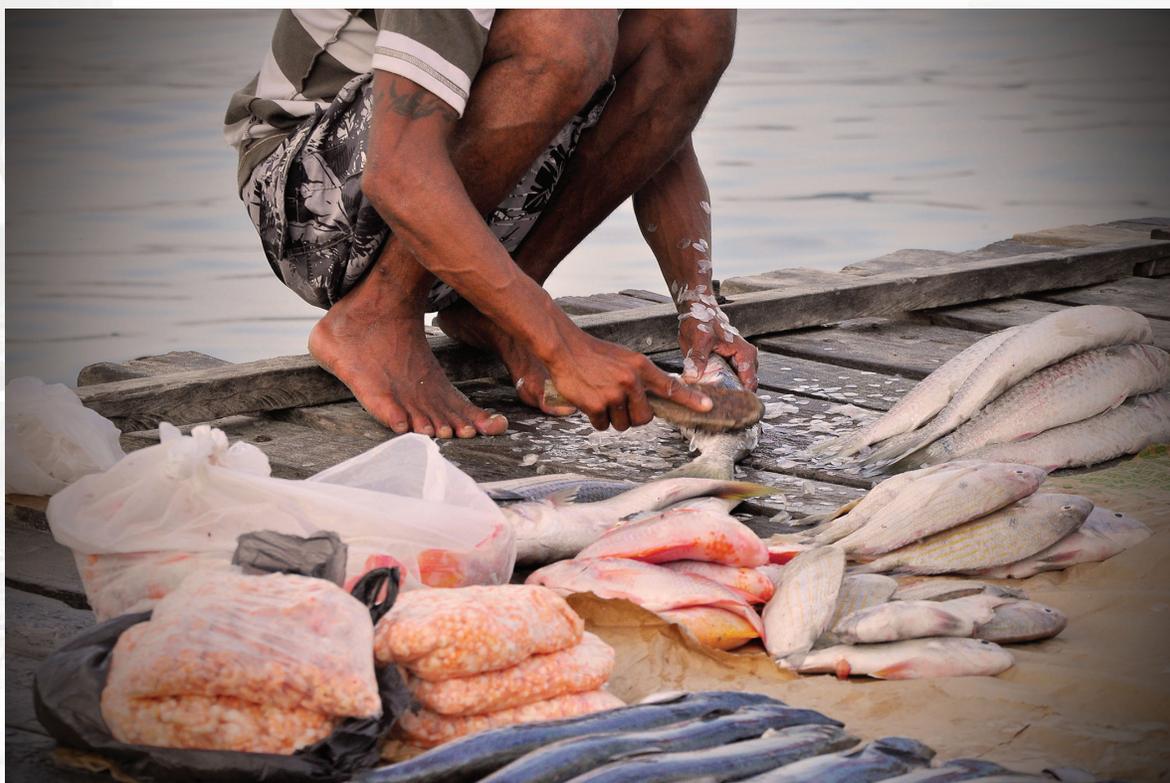


EDITORIAL



Serie Labor, trabajo y acción - Beatriz Núñez Arce

SOYPAZ

I'mpeace

Son muchas las expectativas que ha generado el proceso de negociación entre el Gobierno nacional y las FARC en La Habana. Se espera, sin mayores argumentos, que le seguirá un escenario del mismo tipo con el ELN. Las novedades en estos campos de la macropolítica de la guerra y de la paz, y en las prácticas de negociación con los grupos armados de signo izquierdista, se mantienen dentro de los límites de la idea, tantas veces ensayada, de que la paz será el producto de la puja por ventajas políticas o concesiones territoriales entre los armados.

Los antecedentes conocidos que llegaron a algún puerto de desmovilización de grupos en armas, de corte guerrillero, estuvieron presididos por los conceptos de *amnistías generalizadas y perdón y olvido recíproco*. La legislación internacional aceptada por el país y el viraje que ha tomado la justicia global, con la existencia de organismos con poder de intervención como la Corte Penal Internacional o la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, hacen que esta experiencia no sea fácilmente replicable hoy.

No ha sido buena tampoco la experiencia reciente de la negociación y posterior aplicación de la justicia transicional con los grupos para-

militares en Colombia. En unos u otros casos, cualquier intento de repensarnos como sociedad política y sociedad humana ha de partir de la profunda convicción de que estrategias políticas como las que se han ejecutado por los actores armados de la guerra colombiana ponen en entredicho la vida misma, en su sentido más pleno. De esa encrucijada es que es necesario salir perfilando nuevos escenarios macropolíticos que no tendrán mayor posibilidad de éxito si no son capaces de recoger el impulso de las resistencias sociales micropolíticas concretas con las que se ha defendido la vida.

Las comunidades han tenido que recorrer un largo y doloroso aprendizaje en su resistencia a la guerra. La saña de los paramilitares, la violencia banal de las guerrillas, la acción incompetente e igualmente violadora de los derechos fundamentales de la gente por parte del Estado han constituido un entramado de violencias del que no es nada sencillo fugarse para construir formas afirmativas de vida.

Y, no obstante, han surgido muchas maneras del resistir cuyo anclaje es la vivencia intensa de la construcción de territorios existenciales propios encarnados en las luchas de centenares de comunidades indígenas, afrocolombianas, campesinas y urbanas que rompen las lógicas de la

1 Director de la Revista Polisemia

confrontación y se reconocen en el poder de la fragilidad; que se apartan de las pretensiones de homogeneización y robustecen y encuentran en la valoración de la diversidad y la pluralidad vías para enfrentar la crisis de sociedad que ha hecho emerger en toda su dimensión la guerra que sufren.

Las comunidades en resistencia social en Colombia han encontrado en el renacer de las solidaridades las claves no solo para cambiar el modo de vivir, para resignificar la construcción de lo común, sino para comenzar a descodificar los dispositivos del miedo con los cuales los actores armados han intentado el control totalitario. Es en ellas que se ha ido incubando la potencia de paz. Sin su fuerza monumental las negociaciones de la “gran política” que se debaten en La Habana no dejarían de ser más que variaciones de los juegos de guerra.

Colombia puede aprovechar los magníficos aprendizajes de sus comunidades resistentes para dar continuidad al conjunto de acciones multidimensionales que requieren poner en juego todas las potencias creativas humanas. Hay que dar pasos hacia la materialización de poderes sociales situados, localizados, que se desplieguen en la lógica micropolítica cuya fuerza radica en la comprobación cotidiana de las posibilidades de realizar una democracia de periferia, de profundizar en las ciudadanías multicolores que reinventan los lugares del encuentro público, que reaviven la fuerza de lo común en su compromiso de no convertirse en un poder de dominación central. Es desde allí que está surgiendo una gran transformación que puede dar pie a revoluciones no violentas en Colombia.

No se va a dar la paz en este país como resultado de la lucha de contrarios que procuran imponer su poder de dominación. Cualquier salida democrática depende de la propia capacidad de ser de una sociedad, de su potencia inmanente, de su propia producción de alternativas vitales. De seguir por la ruta de los grandes juegos de poder puestos sobre la mesa de negociaciones, y que no atienden los clamores de las poblaciones

victimizadas que han indicado el camino de la resistencia, lo máximo que podría darse es una voluntad de buscar equilibrios de fuerzas entre los beligerantes. Se invocará la justicia, asumiendo como un mal necesario el camino de la legítima defensa armada y esperando que una fuerza opuesta consiga acumular tanta energía como para imponer una paz negociada al enemigo que depondrá la soberbia ante la evidencia de la imposibilidad de su arrasamiento del otro y sus elevados costos.

Por el contrario, seguir la ruta de las resistencias sociales no violentas plantea que salir de la guerra va a implicar cambios culturales en el tejido de la sociedad que solo pueden provenir de la fuerza profunda de las comunidades, de su capacidad para provocar acontecimientos micropolíticos. Así, podrán empujarse cambios en la política de representación en asuntos básicos, como que la sociedad reconozca a sus víctimas y que se establezcan compromisos para recrear los espacios democráticos. También que se logren acuerdos sociales para que herramientas que pueden ser útiles para poner fin a largos periodos de confrontación entre bandos irreductibles, como son los mecanismos de justicia transicional, acopien los aprendizajes históricos que indican que estos tienen sus propios límites y que solo funcionan si contribuyen a establecer el relato común de la verdad de lo que aconteció en la guerra.

En fin, poner término a esta guerra atroz y prolongada no podrá efectuarse sin contar con la dignidad de los(as) resistentes, sin admitir la pluralidad de sus experimentos para crear mundos nuevos, sin otorgar el protagonismo a las mujeres y a los(as) jóvenes. Es decir, sin dar acogida a la multiplicidad de acontecimientos excepcionales que abren la posibilidad de otra política que pueda imaginar e ir tejiendo las muchas revoluciones no violentas que son necesarias para dar apertura a otras formas de existencia.

Es en este marco que Uniminuto ha decidido echar a andar su Programa SOYPAZ, como un conjunto de acciones para promover la paz ciudadana desde abajo. Con él se quiere significar



que la paz depende de cada uno de los hombres y las mujeres de Colombia que requerimos asumirnos como constructores de la paz cotidiana. Es decir, que nos compete directamente transformar las relaciones con los otros(as) y con la naturaleza para recrearlas en clave de convivencia pacífica, respetuosa y profundamente humana y superar en cada acto concreto la inclinación a asumirla como un acto en lógica de guerra, como si los demás fueran nuestros enemigos. Esa es la vía noviolenta hacia la reconciliación; no es que se reconcilien los enemigos entre ellos, allá en la mesa de negociación; es que nos reconciliemos con nosotros(as) mismos(as) y que dejemos de reconocer enemigos para emprender conjuntamente la configuración de una nueva sociedad.

SOYPAZ es un Programa de Estudios y Promoción de la Paz y la Ciudadanía desde la perspectiva de la noviolencia. Se propone contribuir a la coordinación de los muchos esfuerzos que la Universidad y la Obra Minuto de Dios han venido adelantando en el país y que incluyen tanto la participación y acompañamiento a las actividades de comunidades en territorios locales como las acciones de gran impacto político y mediático que se expresan en la movilización social que surja en el contexto de los procesos de negociación, refrendación y posnegociación de los acuerdos con los grupos armados.

De ello forman parte principal los esfuerzos por apoyar el fortalecimiento de los procesos sociales de resistencia ciudadana a la guerra, en sus diferentes escalas y modulaciones, basados en la tradición y el discurso pacifista, así como el trabajo de sus grupos académicos y de investigación que han hecho importantes aportes en el tema. La presencia en redes sociales del movimiento de paz en muchos lugares del territorio nacional, su vinculación a redes internacionales, particularmente iberoamericanas, que trabajan en esa dirección son la fuente de múltiples aprendizajes que se ponen a disposición del proceso de paz ciudadana en Colombia.

Polisemia ha venido ofreciendo a través de cada una de sus ediciones un espacio calificado para poner en discusión estas perspectivas. Hoy se pone al servicio de la construcción y difusión del conocimiento para alimentar un proceso, que aunque pareciera a punto de culminarse, requiere más que nunca producción de pensamiento pacifista. Como recordaba el legendario Nelson Mandela al referirse a las negociaciones que pondrían fin al régimen del apartheid: “En una maratón el último kilómetro es el más difícil”. Habría que añadir que ese último kilómetro es, además, el primero de la larga reconstrucción de una sociedad justa y democrática que es el verdadero nombre de la paz.